



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)

## De la vida «civil» de André Malraux

*Nueva compañía en contra, en el centenario de su nacimiento*

Luis BLANCO VILA

El 3 de noviembre de 1901, en la rue de Damrémont de París, al pie de la colina de Montmartre, nació Georges-André Malraux, hijo de Berta y de Fernando. Fue hijo único, aunque después tendría dos hermanastros, hijos de la segunda mujer —no esposa— de su padre, una tal señorita Godard.

Dentro de unos meses, por tanto, se cumplirá el centenario del nacimiento de Malraux, un hombre que se fue a los 75 años, el 23 de noviembre de 1976, es decir, hace casi 25. Centenario por una parte y cuarto de siglo, cinco lustros, por otro. No es extraño que los *malrauxistas* se dispongan a celebrar la conmemoración; pero se oye más a los *antimalrauxistas*, con su artillería de más calibre, intentando la *toma* de la figura más controvertida, seguramente, de la historia de la cultura occidental en el siglo xx.

Algunos estudiosos de la política y de las letras —mezclados más de lo deseable— están iniciando la *revisión* de Malraux, la del escritor y la del político. La *revisión* promete ser demoledora y, ahora mismo, se arrastra de lo *civil* a lo *literario*. Es una vieja táctica: decalifiquemos a la persona y caerá el escritor. Lo que ignoro es por qué quiere hacerse con Malraux. Y por qué, sobre todo, se está haciendo en España, donde no es, precisamente, un mito. En un diario de Madrid, el pasado mes de mayo, se pedía, con templanza pero también con decisión, que los restos mortales de Malraux fueran desalojados del Panteón de Hombres Ilustres de Francia. ¿Será reconocer el fracaso en el intento de desalojar sus novelas y ensayos de la Historia de la Literatura.

Conocí a André Malraux el 20 de junio de 1968. Recuerdo aquel momento como si lo estuviera viviendo ahora mismo. Fue una especie de mitin —los de Malraux no eran nunca mítines sino *especie de*— celebrado en el Parque de Exposiciones de París. Como corresponsal que era yo por entonces en Francia

de una cadena de diarios españoles que lideraba YA, había coincidido más de una vez con el ministro de Cultura del general De Gaulle en actos oficiales, lo había saludado, incluso, en una visita corporativa de los corresponsales extranjeros a su despacho, pero, sobre todo, me había hecho el encontradizo con él en varios escenarios del Mayo 68, en cuya estela surrealista aún sobrevivíamos; el mayo de las barricadas y las frases brillantes y demagógicas. Pero no había tenido la suerte de conversar, aunque fuera brevemente, con el personaje, más político que escritor en aquellos momentos delicados para Francia, en los que llegó a hablarse, incluso, de la Comuna de 1871, pero también de la Restauración.

Los periodistas, que, durante la *especie de mitin*, habíamos tomado buena nota de sus palabras, siempre originales y sugerentes, lo esperábamos en una sala de autoridades por la que debía pasar. Buscábamos el titular de la crónica, palabras distintas, reclamo para el lector, esas palabras que Malraux solía regalar con aparente suma facilidad en una conversación sin protocolo.

Alguien me dijo que el señor ministro había ido al servicio y que, seguramente, no pasaría por la sala, pues tenía prisa. Me desmarqué silenciosamente del grupo de colegas y me puse a dar pasos solemnes y tranquilos a lo largo del pasillo, aparentando una serenidad que no tenía. ¿Sería capaz de abordarlo? Un discreto mocetón, quieto y cuadrado, con los brazos cruzados, hacía guardia frente a la puerta del muñeco con pantalones. Salió en el momento mismo en que, en uno de mis paseos, casi me había situado a la altura del guardián. Se me quedó mirando y me alargó su mano para que se la estrechara.

—Quiero, ante todo, señor ministro, darle las gracias por sus libros, sobre todo por sus novelas, que conozco desde hace años. Me encantan sus libros.

Malraux era hombre de porte adusto, incluso, para muchos, un tanto hosco; así que me sorprendió cuando, con una ancha mueca-sonrisa, me dijo que, evidentemente, yo era español y que los días de mayo que habíamos vivido —¿usted también?, me preguntó— le recordaban aquellos otros, de sus años más jóvenes, del verano de 1936, en Madrid y Toledo. *Franco nunca me lo perdonó. Tampoco que publicara «La esperanza». ¿Recuerda L'espoir? ¿Cómo se encuentra el viejo Franco?*

Aún tuve tiempo para pedirle una reflexión sobre las consecuencias del mayo revolucionario. *Lo que los estudiantes quieren es una señal de esperanza* —me dijo con palabras que, medio año más tarde, ofrecería también al corres-

ponsal del *New York Times*—. *Vuelve a salir la palabra clave, la esperanza, virtud teologal para por cristianos. ¿Usted es cristiano? ¿Sí?, pues esa es la clave. Porque el malestar de los estudiantes es de naturaleza religiosa, de ruptura del hombre con su mundo... Ahí es nada.*

Me dio la mano apresuradamente. Al fondo del pasillo salían los periodistas de la sala de autoridades. Hizo un gesto al atleta encargado de su custodia y salió a buen paso. Guardé la pequeña grabadora que había utilizado. «Tenía prisa», dije a un amigo canadiense que escribía para un diario de Copenhage.

¿Es separable la *vida literaria*, personalísima, de Malraux, de su *vida civil*, es decir, de su actividad política, social y de representación, sobre todo la de los años más jóvenes y la, aparentemente contradictoria, de su fidelidad pública a De Gaulle?

El 30 de mayo de ese año 1968, Malraux, junto con el ministro Michel Debré, fiel representante de la derecha gaullista más rotunda, y flanqueado por políticos de primer rango en la escala de fidelidad al General-Presidente, encabezó la famosa manifestación de apoyo que, con cerca de un millón de seguidores vociferantes, subió desde la plaza de la Concorde hasta el Arco de L'Etoile (hoy plaza del General De Gaulle). Pero eso no tiene nada de especial: que alguien, dos veces ministro, encabece un acto público en favor de su líder entra en la lógica de la política. Lo verdaderamente significativo —pero, ¿cuál era su significado?—, lo sorprendente, fue el brazo derecho de Malraux, tieso, disparado hacia el cielo, con la mano abierta, es decir, saludando *a la romana*, haciendo el saludo fascista de la Italia de Mussolini, nazi en la Alemania de Hitler y falangista en la primera, larga etapa, de la España de Franco. Ese viejo Franco por que el me preguntaría veinte días más tarde en el Parque de Exposiciones de París. ¿Una contradicción más en el comportamiento político de Malraux o una máscara definitivamente caída? ¿O era Malraux fascista? Parece como si cualquier cosa, por contradictoria que sea, le sentara bien. Parece, además, como si *el mejor ministro de Cultura de la historia de Occidente*, según reiteradas afirmaciones de amigos y adversarios, no sentara bien no a Franco sino a la cultura oficial española, como si no hubiéramos podido perdonar a Malraux no tanto *La esperanza*, su novela de la guerra civil, como su presencia en el bando republicano en el 36, a los pocos días del levantamiento del ejército en África.

Malraux había estado en Madrid en el mes de mayo, y su vuelo a la capital de España, esta vez con Clara, su mujer, el 21 de julio por la mañana, tres días des-

pués del *alzamiento*, tiene todavía un claro sentido de apoyo casi institucional —¿de los intelectuales europeos antifascistas cuya Asociación presidía?— a la justamente denigrada II República. Una rapidez sospechosa, por otra parte, pues el gobierno español ni siquiera había tenido tiempo para asimilar la posibilidad de que el golpe pudiera ir a más y derivar en lo que fue, en una guerra civil; menos aún, que pudiera perderla la República. Y, sin embargo, el fino olfato *revolucionario* de Malraux había detectado en Madrid un importante foco de revolución involucionista y, a los tres días del grito de guerra de Franco en África, estaba en lo que consideraba su puesto de observación responsable. Quería informar a los demócratas de Francia sobre el significado de aquella involución. Mientras Saint-Exupéry, enviado por París-Soir, recorría el frente oriental, Malraux, que se sentía importante como presidente de la Asociación de Escritores Antifascistas Europeos, acudía a Madrid con la intención de convertirse en un potencial *revolucionario español*. Emocionado, le decía a su amiga Alice Alley: *¡Ya me imagino a mí mismo como una especie de gobernador de España!* Tal vez la España vencedora de la guerra, persuadida por la campaña oficial contra el escritor, no entendió este afán *bonapartista* y solidario de Malraux.

En efecto, Malraux fue, durante bastante tiempo, *persona non grata* en España. Sus obras, editadas sobre todo en Argentina y México, un poco vergonzantemente importadas por librereros rojos camuflados, eran desaconsejadas allí donde no eran prohibidas. Tuvimos que reconocer la extraordinaria valía de *La condición humana*, premio Goncourt de 1933, con el viejo ejemplar de importación forrado para no dejar ver su naturaleza clandestina. Malraux, pese a que ya había estado por dos veces en el gobierno de De Gaulle, seguía siendo un tipo bajo sospecha. La apetencia de poder —avisaban los que impartían doctrina y hacían opinión— lleva a los marxistas a camuflarse de demócratas; *Malraux es un infiltrado en el gobierno del General. Lo veremos en seguida*. Pero no lo vimos. Siguió escribiendo, *conferenciando*, representando a Francia en los foros internacionales... hasta que De Gaulle vuelve a llamarlo al gobierno cuando él mismo, el general, tras la *debacle* de la IV República, es llamado a poner orden, en 1958. La V República lo retiene en la *vida civil* durante diez años; la retirada de De Gaulle, tras la pérdida del referéndum de abril de 1969 sobre la regionalización, lo conduce el regreso definitivo a su mesa de escritor para rematar la redacción de sus Memorias, mejor, como es notorio, sus *Antimemorias*.

Hace algo más de nueve años, el 28 de febrero de 1992, J. J. Armas Marcelo denunciaba, en ABC, la supuesta maniobra de *desenterrar* a Malraux, pero no para estudiarlo sino para denigrarlo. El escritor canario acusaba de esta prác-

tica difamatoria a tres pesos pesados de la Literatura hispanoamericana, Octavio Paz, Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez. No es mi intención, por tratarse de algo anacrónico, salir al quite de aquella polémica suscitada entonces por quienes han pretendido mezclar su vida *civil* con su obra literaria, descalificando ésta al dar por descalificada aquella. Pero si lo advierto porque, ahora, cuando se acercan las fechas centenarias parece iniciarse una nueva campaña denigratoria por no sabemos qué viejas fobias nacidas de viejos prejuicios. Me explico.

André Malraux fue, además de escritor, un hombre público que escandalizó muy pronto a su mundo entorno —bastante ancho, por cierto— por su comportamiento político (?), incluso antes de contar con *currículum* para hacerse notar. Item más, Malraux fue demócrata toda su vida, aunque fuera marxista durante algún tiempo y durante otro tiempo —bastante más largo— ejerciera como ministro de De Gaulle, personaje, este último, nada sospechoso, supongo, de filomarxismo. ¿Inconsecuente? ¿Contradictorio?

Reitero la pregunta porque, viendo cómo empiezan de nuevo los señalamientos nada favorables de Malraux, coincidiendo con la fecha centenaria, en la que debieran celebrarse homenajes, bueno será advertir a los que nada tienen que ver con la discordia hasta qué punto estamos asistiendo a una injusticia.

En el diario madrileño ya citado, el pasado mes de mayo tuve la oportunidad de leer un interesante artículo de Juan Pedro Quiñonero, hombre habitualmente equilibrado, que, sirviéndose de la muleta de la biografía, supuestamente definitiva, que de Malraux acaba de publicar el periodista francés Olivier Todd, arremete de nuevo contra el escritor, sirviéndose, una vez más, de episodios de su vida *civil*, que, además, están, por decirse suavemente, mal documentados. De las muchas luces y las escasas sombras de su biografía, y por razones que se me escapan, Malraux parece condenado a cargar con las sombras y quienes le imponen el fardo le niegan hasta la evidencia de su condición solidaria.

En Malraux se puede criticar desde su carácter, altanero y hosco, a su vida privada, llena de rupturas y de injustos comportamientos por su parte —con Clara, su mujer, por ejemplo, la judía casi prusiana Clara Goldschmidt, Clara Malraux durante veinte años—, pero difícilmente podrá nadie criticar su conducta con los demás, con los otros, con el mundo. Mucho menos se puede negar la valía de su obra, tanto novelística como de ensayo, por mucha ficción que encierre la primera —la mentira es la ficción por excelencia y es truco que forma parte de esa ficción que es la novela— y muchas afirmaciones gratuitas que se encuen-

tren en la segunda. Desde su abandono, forzado por la I Gran Guerra, del liceo, cuando apenas era un adolescente de dieciséis años, hasta su retirada definitiva de la vida pública, en 1969, podemos decir que si hay algo consecuente en Malraux es precisamente su continua y generosa entrega a las causas ajenas.

En 1922, sin cumplir aún la mayoría de edad de los veintiún años, se traslada al sudeste asiático —el destino es Camboya—, acompañado por *la mujer de los ojos garzos*, Clara, y su amigo Luis Chevasson. Van a cubrir una *misión arqueológica*, quiere salvar los bajorrelieves del templo de Banteai-Srey, del famoso grupo de Angkor, en muy buena medida sembrados por tierra o aferrados aún a unas paredes cubiertas por la maleza. De la venta de algunos sacarían para pagar los costes de la expedición y una buena renta para seguir apostando por la aventura. ¿Ingenuidad? Malraux siempre creyó, de buena fe, que era una *misión generosa* por su parte, que era bueno salvar una mercancía que estaba siendo depredada y destrozada, cobrando él, por supuesto, una parte de la operación de venta. Los tres aventureros tenían una vaga idea de lo que podían y no podían hacer, los términos legales no eran tampoco demasiado precisos y siempre actuaron con el mayor *descaro* y sin intención alguna de ocultar sus trabajos de rescate y transporte de aquella media docena de bajorrelieves que hicieron descender en barco por el Mekong.

Antes, habían tenido que atravesar casi cincuenta kilómetros de la terrible selva que había invadido el territorio de los khmeres camboyanos. Las autoridades coloniales francesas, que conocían la *misión* y las intenciones de los expedicionarios, los dejaron hacer y sólo intervinieron cuando la guardia de vigilancia del protectorado decomisó la mercancía en uno de los muelles del Mekong, en Phnom-Penh. ¿Fue una trampa? Los expedicionarios dormían. ¿Tenía Malraux conciencia de que lo que estaban haciendo no era correr una aventura sino cometer un delito? El juez Jodin, de la corte de Phnom-Penh, no tuvo la menor duda y apostó, eso sí, utilizando en los *considerandos* una cursi y detestable retórica seudocultural, por la segunda hipótesis. Malraux fue condenado, en primera instancia, a tres años de prisión incondicional y a cinco de interdicción de residencia. Pero resulta curioso que incluso el magistrado Jodin reconoce como atenuantes la extrema juventud, la *locura* de los acusados y también el carácter reparable del delito.

Pues bien, Quiñonero, comentando la biografía *definitiva* escrita por Olivier Todd, afirma que *el resultado final de las pesquisas de Todd es sencillamente demoledor y desmoralizador*. Y, lejos de comentar ese supuesto resultado

demoledor, parece echar leña al fuego cuando, sin apoyarse ni siquiera en Todd, aunque habrá que suponer que semejante rodrigón documental existe, dice: *Malraux miente ininterrumpidamente durante toda su vida, obligándonos a repensar* —querrá decir ahora, después de la aparición de esa biografía definitiva— *toda su obra de novelista, aventurero, filósofo del arte, cineasta, historiador de las civilizaciones, memorialista, instalado, con peligrosa premura, en el Panteón de los Hombres Ilustres.*

Suponiendo que, como afirman sus detractores, Malraux mintiera de manera ininterrumpida —no será tanto, en fin, pero tampoco sería nuevo, pues ya lo tildó de mentiroso el fiscal Moreau, en el famoso juicio por supuesto robo de obras de arte—, ¿invalidaría eso toda su obra de novelista? ¿No es precisamente la *mentira*, como suplantación de la realidad, parte de la razón de ser creadora del novelista? ¿Repensar su vida de aventurero significa que Malraux no lo fue? ¿Y sus restantes títulos, que le conceden sus muchos y poderosos adversarios aunque después se los nieguen?

Poco después de la condena por el tribunal colonial de Saigón, en París, un puñado de escritores firma, en *Les Nouvelles Littéraires*, con fecha 6 de septiembre (seguimos en 1924), un manifiesto en el que, entre otras cosas, se asegura que *desean avalar la inteligencia y el verdadero valor literario de esta personalidad (Malraux), cuya juventud y cuya obra ya realizada permiten concebir grandes esperanzas.* Y terminan el manifiesto lamentando que se le vaya a aplicar una sanción *que impediría a Malraux realizar lo que todos tenemos el derecho de esperar de él.* Y firman, entre otros, André Gide, François Mauriac, Jean Paulhan, André Maurois, Jacques Rivière, Max Jacob, Charles Du Bos, los hermanos Gallimard (Gastón y Raymond), Louis Aragon, André Breton, Philippe Soupault, Marcel Arland...

Y eso que Malraux sólo había publicado *Lunas de papel*, obrita que pertenece al *reino estrambótico*, eso que él mismo confiesa haber escrito a los veinte años —realmente aún tenía diecinueve cuando se publica en 1921—, ese librito que él denomina *gloria de café*, estrafalario pero también nihilista, lúgubre y terrible. (Curiosamente, Quiñonero dice en su crónica que el primer libro de Malraux es *La tentación de Occidente*, que aparecerá cinco años después de *Lunas de papel*). Pero, algo tendrían la escritura y la persona de Malraux cuando hombres tan importantes como el ya cincuentón Gide —y casi todo el equipo de la *Nouvelle Revue Française*— y los más reputados *vanguardistas* del ya vivo surrealismo apuestan abiertamente por él. El tribunal de Saigón redujo la conde-



na a un año de cárcel y el Supremo, al que Malraux recurrió, acabó anulando del todo la sentencia.

Me he detenido en la primera aventura *internacional* de Malraux para tratar de dejarla en sus reales dimensiones, sin vestiduras farisaicamente rasgadas, y para que no se dude de esa vocación suya de presencia en el mundo, un tanto errática, es cierto, que va a marcar su vida entera con viajes e intervenciones insólitas que, por lo menos, despiertan la admiración, cuando no el asombro. Pero mi intención era, además, menospreciar públicamente el reiterado escándalo, que esgrimen como prueba de carga definitiva los adversarios de Malraux cuando tratan de denigrarlo. Y, la verdad, aquello fue una aventura sin apenas reflexión y así lo entendieron todos cuantos quisieron ver las cosas con ojos limpios, incluidos muchos escritores que, por entonces, nada querían saber del joven e insolente Malraux. Cuando, a finales de 1924, toma el *Chantilly* rumbo a Marsella, Malraux no tiene la menor sensación de haber fracasado. Durante su estancia en Saigón, ha entrado en contacto con la realidad colonial de los vietnamitas —entonces se llamaban anamitas— y ha entendido sus ansias de libertad nacional. Incluso la víspera de su regreso fue honrado y elogiado en un banquete que le ofrecieron los nacionalistas anamitas. *Dentro de un mes, más o menos, volveré con los medios necesarios para sacar a la calle un diario que defienda nuestros intereses*, les promete, convirtiéndose, así, en uno más en el proceso de rebeldía de los anamitas. Y regresa, en efecto, y el diario prometido será una realidad el 17 de junio de 1925; se llamará, en su primera etapa, *L'Indochine*. En noviembre de ese mismo año, después de una pequeña inyección económica que consigue en Hong-Kong, será *L'Indochine Enchaînée*, clara alusión a *Le Canard Enchaîné* parisino, pero también alusión a la penosa realidad, según Malraux, de la Indochina colonial.

La actividad, el afán de lucha de Malraux empiezan a tener sentido si tenemos en cuenta que su conducta no responde a ideologías sino a sentimientos. Y, pese a lo importante que es esta su etapa indochina, no lo será más de lo que lo fue la primera. Sin embargo, en esta segunda estancia comenzarán a entrar en su vida personajes decisivos en la historia; es el caso de Ho Chi Minh, que, en 1920, desde el seno del Partido Comunista Francés, iniciará la lucha por la independencia de su pueblo vietnamita.

En 1969, los acuerdos de París, con Malraux aún de ministro de De Gaulle, darán término a la guerra del Vietnam. Yo seguí siendo corresponsal en Francia y pude ver la emoción con que vivió aquel final.

Ciertamente, su movilidad física y sus intervenciones subsiguientes, de carácter político y social, son hechos documentados: un año después de su expedición y del fracaso de su misión en los campos arqueológicos de Angkor, lo encontramos, de nuevo viviendo intensamente la realidad de la rebeldía anamita, y haciéndolo con la pasión propia del converso. Por supuesto, será tachado de traidor a su patria por el hecho de reclamar justicia para los vietnamitas. Poco tiempo después, en 1926, su presencia en la insurrección comunista y revolucionaria de Shanghai, que, históricamente, reprimirá Chang Kai-Shek, se convertirá, años más tarde, en testimonio novelístico, en *La condición humana*, su novela más conocida. ¿Por qué China? Porque allí, en China, de acuerdo con su propia afirmación, *se está cocinando la historia*. Y allí estará, en efecto, en 1931, entre la realidad de Cantón y la real ficción de Shanghai —escenario de *La condición humana*— narrando, como reportero de primera fila, las disensiones y los duros acontecimientos de la revolución mancomunada de Mao Zedong y Chang Kai-Shek. Como sucederá, unos años más tarde, en la contienda civil española, Malraux, que *figura* en su testimonio de la revolución china como miembro del Komintern-Kuomintang —Trosky se lo echará en cara en 1937— disfrutará de un prestigio que le permitirá el conocimiento más hondo de la realidad revolucionaria. Y, sin embargo, Malraux, nunca aseguró ni escribió que hubiera estado en China antes de 1931, aunque sí estuvo unos días, con Clara, en Hong-Kong en 1925. Se daba por segura su presencia en la revolución, y él nunca hizo nada por desmentirlo.

Cuando, en 1933, publica *La condición humana* —que será premio Goncourt ese mismo año—, quedaban ya lejos los dos primeros títulos asiáticos, *Los conquistadores* y *La vía real*, que lo hicieron *joven escritor famoso* y que, con la premiada, cierran, desde la literatura, esa su primera larga etapa solidaria de aceptación de ideales ajenos que, a su juicio, no estaban siendo reconocidos. Me refiero, es claro, a la causa anamita. Por entonces, había abandonado definitivamente Indochina. No deja de ser curioso que el jurado del Goncourt, que en diciembre de 1933 le otorga el premio por unanimidad —no se olvide que en enero de ese año había subido al poder del *canciller* Hitler— advierta de manera expresa que el Goncourt se otorga a la novela pero también, y sobre todo, al conjunto de las tres novelas *asiáticas* de Malraux. Mayor consagración de la etapa que se cerraba, imposible. Parece como si *La condición humana* fuera el precio de su liberación del peso de Angkor.

De acuerdo con la recensión del libro de Todd, hay en la trayectoria vital de André Malraux hechos que, tal como están narrados, no sabemos si son diseños

del biógrafo o de quien hace la recensión del libro. Me inclino por lo segundo, dado el tono del discurso. Y así, «*impostura intelectual*», «*ignorante filosofando con mucha desfachatez*», «*aventura grotesca*», son expresiones referidas a Malraux, al que se acusa, además, de *maniobrar con mucha pericia los Congresos de Intelectuales de París y Moscú*. (Será de Moscú y de París, pues, cronológicamente, Moscú, 1934, es anterior a París, 1935). Y así, Malraux es un personaje abyecto que *abandona a su triste suerte a poetas y narradores disidentes, condenados con tanta frecuencia, al paredón, la horca, el asilo psiquiátrico y el campo de concentración*, todo ello porque, al parecer, lo que Malraux quiere por encima de todo es que Stalin financie una película de Eiseinstein con el guión de *La condición humana*. ¡Tremenda acusación, incluso aunque no aceptemos que Malraux tuviera la obligación de velar por las víctimas del estalinismo! Sea de quien sea, estamos ante una visión deformada y sucia de la conciencia ética de un escritor! En primer lugar, es cierto que, como muchos escritores de la época, Malraux militaba en el izquierdismo sentimental, en la *ilusión lírica de izquierdas*, y, como dijo públicamente en una especie de mitin celebrado por aquellos días, *en ningún caso haré la guerra contra Rusia*. Sin embargo, llegado a Moscú, en el verano de 1934, para asistir al Congreso de Escritores, en casa de Ilya Erenburg se entera de la mala situación y las limitaciones de muchos escritores en la URSS y, sin tener en cuenta que es uno de los tres no-comunistas invitados al congreso, con total soltura y hasta podíamos decir que con total desfachatez, lanza una diatriba sin contemplaciones contra sus anfitriones: *¿Esta es la imagen de la URSS que nos muestra su literatura? En lo que se refiere a los hechos externos, sí, pero en la ética y en la psicología, no. La confianza que se concede a todos no se concede siempre en grado suficiente a los escritores... Si los escritores son los ingenieros de las almas [definición de Stalin] ¡no olviden ustedes que la más alta función de un ingeniero es la de inventar! El arte no es sumisión, es una conquista...conquista sobre el inconsciente casi siempre, sobre la lógica muy a menudo. El marxismo es la consciencia de lo social, de la cultura, es la consciencia de lo psicológico...Hacen ustedes surgir aquí la civilización de donde salieron los Shakespeare. ¡Que no se ahoguen bajo las fotografías, por muy bellas que sean!* (Reproducciones fotográficas de Shakespeare, Cervantes, Balzac, Gogol, Tolstoi y otros presidían el escenario del salón). ¿Es eso abandonar a su suerte a poetas y narradores disidentes? Parece evidente que el acusador no se refiere a esos disidentes. Y, dado el estado emocional izquierdista de Malraux por aquellas fechas, no puede extrañarnos que su mayor preocupación se centre en la defensa de las víctimas del nazismo y no del estalinismo. Por eso, si lo que se pretende es señalar el izquierdismo de entonces de Malraux, ahí aciertan. El izquierdismo, digo, no el marxismo. El comunis-

ta Paul Nizan, que fue quien llevó a Malraux al congreso de Moscú, se sintió obligado a explicar a los lectores de la *Literaturnaia Gazeta* quién era aquel joven escritor que se permitía criticar la política estalinista, en Moscú y mirando a la cara al dictador: *Malraux no es un escritor revolucionario. Es uno de esos jóvenes escritores famosos que, oriundos de la clase burguesa, destinan a esta clase a una muerte natural y se alían con el proletariado.*

De todos modos, convendría recordar a los críticos que, por esos mismos años, en la vecina Alemania, es decir, mucho más cerca de la residencia habitual de Malraux, se acorralaba, perseguía y asesinaba sistemáticamente a cualquier escritor por el hecho de ser judío o de ser crítico con el nacionalsocialismo. Decenas de autores tuvieron que huir: Thomas Mann (premio Nobel de 1929, gloria de Alemania), Bertolt Brecht, Franz Werfel, Alfred Döblin, Kurt Tucholsky, tantos otros... Contra esa persecución combate muy pronto Malraux y en ella brega, aunque descuide —no deja de ser un partidario de la Unión Soviética— la otra, la más lejana de los autores rusos, con los que mantiene *fraternales* relaciones. Pero, a él se le antoja que el nazismo es mucho más peligroso que la persecución estalinista. Para un Malraux que vive aún un rescoldo de la fascinación que le produjo el *Octubre Rojo*, Stalin se equivoca al limitar la libertad creadora, pero Hitler quiere aniquilarla. Por eso está con el Ejército Rojo contra los nazis. «Desde hace diez años —grita en una especie de mitin de la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios, a la que pertenece— *el fascismo extiende sobre Europa sus grandes alas negras... Dentro de poco llegarán los actos, sangre contra sangre... ¡Debemos lanzarnos primero a una acción concreta, ayudando a los escritores alemanes que nos hacen el honor de confiar en nosotros!... El fascismo alemán nos sitúa frente a la guerra. Debemos hacer lo que podamos para evitarla... ¡Pero nos enfrentamos a unos sordos, sabemos que no nos escuchan! ¡Contestemos, pues, a la amenaza con la amenaza, y volvámonos hacia Moscú, hacia el Ejército Rojo!*

Y aquí, precisamente, entramos en una fase épica de la biografía de Malraux. Hasta ahora, dice el biógrafo Lacouture, se mantenía rebelde más que revolucionario. Es la subida al poder de Hitler lo que lo libera de sus invenciones (etimológicamente hablando, de *invenire*, encontrar). Precisamente su último *invento* había sido la supuesta localización, desde el aire, de la fabulosa capital de la reina de Saba en la Arabia meridional. La ascensión de Hitler revuelve sus entrañas y el rebelde Malraux, en un proceso de maduración muy rápido, se transmuta en un revolucionario comprometido, que será en seguida el modelo de autor que vive y escribe del compromiso, a golpe de sentimiento, lejos del mundo recortado de

las ideas políticas. El escritor, en suma, contradictorio, que tanto sorprende y escandaliza a muchos partidarios de lo blanco o lo negro, incapaces de comprender que las contradicciones son el alimento preferido del genio creador.

Y, curiosamente, en ese Congreso de Escritores de Moscú (1934), en el que, según alguno de sus detractores, supo maniobrar con mucha pericia para no comprometerse con las víctimas del estalinismo, es donde se expresa en los *sumisos* términos que he reproducido. Si eso es sumisión, qué será una voz crítica que retumbando por los solemnes techos del inmenso edificio de los sindicatos de Moscú... Y qué será, sobre todo, una copa que se alza, en público, por el gran ausente, León Davidovich Trosky...

Por lo que se refiere al proyecto que, al parecer, acariciaba Malraux de que Stalin financiara la película sobre *La condición humana*, que sería dirigida, nada menos, por Sergei Eisenstein, ¿de verdad su comportamiento en el congreso fue el más adecuado para conseguirlo? Por aquellas fechas, el gran director de *El acorazado Potemkin* se pasaba buena parte de su tiempo trabajando, para Hollywood, en un proyecto muy ambicioso sobre la revolución mexicana (*¡Que viva México!*, serie de cuatro películas que acabó reducida a una sola y bastante mediocre por cierto), y difícilmente podía comprometerse. Es cierto que Malraux habló, durante horas, con Eisenstein en su casa de Moscú, de la remota posibilidad de que lo hiciera más tarde; también se dijo que Vsevolov Meyerhold, el gran renovador del teatro, estaba colaborando en el proyecto y hasta que pensaba hacer un montaje dramático de la novela, pero... digo yo: si alguna posibilidad había de que ese grandioso proyecto llegara a cuajar, no fue la suya, en el congreso, la conducta más apropiada para conseguirlo. Casi podríamos pensar que se jugó y perdió la oportunidad al comportarse de manera crítica o, por lo menos, poco conveniente para sus fines. Lo único cierto de esa calumnia es que, en efecto, hubo alguien, en la URSS, que quiso llevar al cine su novela, pero el proyecto corría por cuenta de una organización llamada *Mezrabpomfilm* y estaba previsto encomendar la dirección del film al joven director comunista holandés Joris Ivens o, tal vez, a Dovbyenko, el gran cineasta de *Octubre*. ¿O, apunto por mi cuenta, las palabras críticas de Malraux fueron la respuesta a la quiebra definitiva del proyecto, quiebra que él habría conocido antes de su intervención en el congreso? Ahí queda esa posibilidad. Pero en ningún caso se puede hablar de sumisión; si acaso, de despecho.

De todos modos, casi todos los luchadores por la libertad frente a la intransigencia del régimen de Stalin son víctimas del mismo *error histórico*: mientras,

en el congreso de Moscú (1934) cantan la fraternidad universal proletaria y critican la presión sobre los escritores, ignoran la suerte de escritores rusos como Ossip Mandelstam —detenido tres meses antes del congreso— o Victor Serge, acusado de haber intervenido en un asesinato, el de Kirov que, curiosamente, se cometería dos años después del arresto de Serge, y cuya situación se ignora. Durante el congreso, públicamente, se protestó por los crímenes cometidos contra escritores socialistas —palabras de Magdaleine Paz— en la patria del socialismo. Malraux, por supuesto, apoyó enérgicamente esas protestas. Pero por entonces casi nadie sabía, entre los que se quejaban, cual era la situación real de los escritores disidentes rusos. El comportamiento del escritor en Moscú confirma el aserto de que, por entonces, Malraux era un vigoroso antifascista pero no marxista, algo que, creo firmemente, no lo fue nunca más que de corazón. ¿O le aplicamos la tópica expresión, tan manoseada, de *compañero de viaje*? Prefiero la de *escritor comprometido*, aunque, a estas alturas, tampoco goce de un gran prestigio.

Quedan, en la biografía civil de Malraux, algunos episodios que tienen enorme importancia en su vida literaria. No es nada nuevo el principio malrauxiano de vivir primero lo que después se va a escribir, añadiendo, naturalmente, a lo vivido la parte proporcional de lo sentido y lo imaginado. El sudeste asiático (1924-31) tiene su trilogía novelística (*Los conquistadores*, *La vía real* y *La condición humana*). Su lucha política contra el nazismo (1933-39), que recoge los episodios concretos del rescate de las cárceles alemanas de Ernst Thölmann, secretario del Partido Comunista Alemán, y de George Dimitrov, comunista búlgaro y secretario de la III Internacional, se testimonia en la novela *El tiempo del desprecio* (1935), de la que nunca estuvo satisfecho pero que yo tengo por pequeña joya de intensidad testimonial y recusación patética de los métodos nazis de *convicción*, con ese final casi poético al que sólo le falta música de César Franck. Su participación activa en la guerra civil española, como reorganizador y *comprador* —así llama Hugh Thomas a este *Byron de nuestra época* en su libro *La Guerra de España*— de aviones para la inexistente aviación republicana, así como jefe de la escuadrilla *España* y combatiente de valor escalofriante —hay de eso testimonios numerosísimos: Max Aub comentará, asombrado: ¡Ya igualaba su leyenda!— mereció nada menos que *La esperanza* (1937), *el más hermoso libro de Malraux*, dice Lacouture, la novela que tanto gustaba a Gide y tan poco a Franco. Finalmente, su trabajo durante la II Guerra Mundial, tanto de organización clandestina como de luchador —él fue el famoso coronel Berger de la Resistencia— abunda en testimonios escritos (cito, nada más, esa extraordinaria narración que es *Los nogales del Altenburg*), una labor

que irá derivando de la creación testimonial de sus novelas hacia el ensayo y la profundización en términos de cultura más elitista, entre el arte y la filosofía. Esa filosofía que se pierde en medio de la fogosa actividad de sus personajes acaba, ahora, resumiéndose en el pensamiento de su propia y única persona. Encontramos, así, una ética y una estética malrauxianas de verdad, una especie de resumen final de motivos que han dado sentido a su actividad y a su vida. Aunque, verdaderamente, no acabamos de percibir las líneas definitorias de esa filosofía porque, al fin y al cabo, Malraux sigue siendo una amalgama de sentimientos en la que lo humano da vida, aunque no forma, a la vida misma que acaba de vivir.

En las críticas que me han servido de guión se arremete de manera especial contra esta etapa última —la Resistencia y los veinte años finales— del comportamiento de Malraux. Es increíble que se le niegue el pan y la sal de esa manera a un hombre que no sólo había demostrado su arrojo y su *patriotismo universal*, sino que, de acuerdo con el testimonio de cientos de personas, demostró, durante la ocupación alemana, ser el más patriota de los franceses y el más valiente de los *resistentes*.

Julien Segnaire, uno de los testigos más directos, dice, refiriéndose a la participación directa de Malraux en los combates aéreos en la guerra de España: *Es curioso que se pueda dudar de ello. Yo estuve con él sobre Teruel, cuando teníamos la defensa antiaérea de lleno a nuestro alrededor. Malraux se exponía como los compañeros. Y eso que su papel era, evidentemente, más importante, primero porque tenía que mantener la escuadrilla, y luego porque tenía que alimentarla. Si tuvimos aviones fue gracias a él...* Fue en España, donde luchó desde el aire *¡como ametrallador!*, dice asombrado Georges Soria, corresponsal de guerra de *L'Humanité*, donde consagró su fama de temerario. (Fue también en España, dicho sea de paso, donde *repudió* a Clara, que se había enredado, al final del verano del 36, con un piloto. Malraux la devolvió a París y la ruptura fue para siempre, aunque Clara le negó durante muchos años el divorcio. Después vendría a su vida la frágil Josette Clotis que le daría dos hijos y viviría con él la II Guerra).

Y ese valor testimoniado en la guerra civil española lo encontramos, asimismo, en los informes unánimes de sus compañeros de lucha de 1944-45 en la Resistencia, combatiendo a los alemanes en Corrèze y en Alsacia. ¡Y eso que, para entonces, el *coronel Berger* —su nombre de guerra— ya había doblado con amplitud el cabo de los cuarenta años!

Insisten los detractores: Cuando los alemanes invaden Francia, *Malraux se refugia en la reflexión intimista*. ¿Cómo? El hombre que ha escrito *El tiempo del desprecio* y tantas otras cosas contra Hitler, ¿puede recogerse en la intimidad de su casa, sin más, sin que los alemanes o los colaboracionistas lo molesten lo más mínimo? Y siguen las acusaciones: *Entra en la Resistencia muy oportunamente, meses antes de que los americanos desembarquen en Normandía... Malraux resistente adopta el nombre de guerra de uno de sus héroes épicos, pero ascendiéndolo de grado: su comandante (sic) Berger es un héroe de ficción que también le sirve de máscara marcial*.

Si no fuera todo un puro disparate, casi valdría la pena detenerse un poco. Pero creo que será suficiente trazar el recorrido biográfico de Malraux durante esos años para desbaratar tanta necedad. Por supuesto, sin acudir a sus propias fuentes de las *Antimemorias*, que, en buena lógica, son parciales y reman a favor del héroe.

Tras la firma del pacto germano-soviético, el 3 de agosto de 1939, Malraux comenta a su amigo Paul Nizan, miembro del Partido Comunista Francés que acaba de darse de baja: *Yo no lo hago porque no pertenezco al partido pero, la revolución a ese precio... no*. Al día siguiente, él y Josette se marchan a un pueblecito del Corrèze llamado Beaulieu —sur— Dordogne, en la paz del centro de Francia. Quiere emprender la redacción de *Psicología del arte*, el libro al que dedicó sus mejores reflexiones durante sus idas y venidas a España. Así pues, no es que se refugie en ningún lugar *cuando los alemanes invaden Francia*; ni siquiera había comenzado la guerra. Es en Beaulieu donde conoce el ataque de Alemania a Polonia en los primeros días de septiembre. Rápidamente, regresan a París; el día 8 ya están en la capital.

Simone de Beauvoir, que por entonces era amiga suya, cuenta que Malraux, por esos días, además de pretender alistarse en la aviación —no lo admiten, no es un piloto profesional—, ayuda en lo que puede a los refugiados españoles que están siendo internados por las autoridades francesas en campos de trabajo. *Cuando se escribe lo que yo he escrito y hay una guerra en Francia, hay que hacer esa guerra*, son palabras suyas de esos días que muestran cuáles eran sus intenciones. Y hace la guerra. Por fin, consigue que lo admitan, como simple soldado, en una unidad de carros con base en Provins, y él mismo recuerda que algo por el estilo hizo su admirado coronel Lawrence, cuando, famoso en el mundo entero, se apunta como soldado raso en la RAF. Eso sí, Malraux encarga su guerrera de *aprendiz-tanquista* al modisto Lanvin. Y así pasan los meses,



hasta que entran en combate en junio del 40; el 15 es herido muy levemente, dice él mismo, y el 16 es capturado y trasladado a un campo en Sens, donde hay diez mil prisioneros. A finales de septiembre, voluntario durante semanas para la siega en una zona próxima, se escapa. «Me evadí en 1940 con el futuro capellán del Vercors...», comienzan sus *Antimemorias*. Incluso se fugó antes de lo previsto —y el padre Magnet con él—, porque supo por su hermano Roland que los alemanes iban a liberarlo en un gesto de propaganda ante las críticas internacionales. Lo habían hecho ya con Gide y con otros. El problema era que no sabían que aquel *aprendiz-tanquista* era Malraux. Pasó, sin demora, a la Francia libre. Casi al mismo tiempo, cerca de París, Josette le daba un hijo. No tenía dinero: dicen que tuvo que dejar a su hijo como prenda del pago de la clínica.

Poco después, por medio de Fry, un agente norteamericano que trabaja en Francia para los aliados, envía una carta al general De Gaulle que se encuentra por entonces en Londres; se pone a sus órdenes para luchar y, en concreto, para pilotar. Nunca recibirá contestación. Malraux deduce que su pasado de izquierdas es el motivo del silencio. Muchos años después sabrá que su carta nunca llegó a De Gaulle porque la secretaria de Fry se la había tragado en un control de los alemanes. En plena decepción por el silencio del general, se pone a escribir *La lucha con el ángel*, cuya primer parte es *Los nogales del Altenburg*. Gracias a sus editores norteamericanos vive en un cómodo chalet en la Costa Azul. No quiere pensar en la guerra; ha sido rechazado; además, su experiencia española había sido un fracaso: por eso decía siempre a quienes venían a ofrecerle el mando de algún grupo que sólo aceptaría si le daban medios, sobre todo, armas. También su hijo de pocos meses lo ataba a la vida familiar; quería —y debía— escribir para recibir cada mes los 80 dólares que le enviaban sus editores yanquis. Un día que alguien se quejaba a Josette de que André no pone sus conocimientos y habilidades al servicio de Francia, ella pregunta: ¿es que, a sus años y con todo el sufrimiento y la decepción de su alma, no puede dedicarse a su familia y a sus libros? Pero también esa dedicación termina, porque la aventura *civil* no ha terminado todavía. Aunque se demore y tenga que disipar muchas dudas.

Sólo cuando los alemanes invaden esa zona sur y libre de Francia en la que vive y disfruta, Malraux dará el salto a la clandestinidad. Lo sabían todos sus amigos. Incluso en Londres, desde septiembre de 1942, se contaba ya con Malraux como potencial aliado, capaz de encabezar un importante grupo clandestino. En noviembre de ese año se trasladan de nuevo a la zona del Dordoña; allí era más fácil conectar con el maquis. Durante 1943, mientras le nacía un segundo hijo de Josette, mantuvo contactos con los servicios ingleses de inteligencia. Sólo en

marzo de 1944 pasaría a la acción, después de que los alemanes detuvieran a su hermano Roland, que acabó, junto con otros resistentes de su misma partida, en un campo de concentración. Dejó discretamente su casa y se perdió en la lucha clandestina: Había nacido el *coronel Berger*, que toma el nombre del héroe de *Los nogales del Altenburg*, Vincent Berger. Los galones le corresponden desde la guerra de España.

El personaje se impone: tiene más de cuarenta años, es flaco, pero con presencia y autoridad; además, es rentable —como dicen en la Resistencia—, es un mando *interaliado* —así lo denominan entre los demás jefes—, sus relaciones y sus decisiones están por encima, desbordan las previsiones de todos ellos. En mayo del 44 visita las dominios de los grupos *maquisards* en uniforme de *coronel Berger*: quiere saber con qué medios puede contar para operaciones de lanzamiento de armas en paracaídas, pide que se forme a la *tropa*, que se icle la bandera de Francia, que se toque la Marsellesa y, en posición de firme, saluda, brazo en alto y puño cerrado, a la enseña tricolor. ¡Es Berger; también es, claro, Malraux!

Y, de nuevo, la división de opiniones: los resistentes de izquierda radical, comunistas incluidos, le niegan hasta la existencia: nadie oyó, al parecer, hablar del *coronel Berger*. Los demás renuevan su asombro por la *manera temeraria con que Malraux vive la clandestinidad*. Lo cierto es que, tras el desembarco en Normandía de las tropas aliadas, Malraux, que dirigía en la Resistencia un *estado mayor interaliado* —figura castrense creada por su imaginación pero que tuvo efectos psicológicos innegables— dificulta la marcha de las tropas alemanas hacia el norte y propicia los bombardeos de los aviones aliados contra las caravanas que tratan de taponar el avance norte-sur de los desembarcados.

El 22 de julio de 1944, sorprendido por una columna alemana a la entrada de Gramat (Lot), es herido en una pierna y vuelve a caer prisionero. Interrogatorios, careos, simulacros de fusilamiento, traslado a Toulouse, cárcel de San Miguel, más careos, más interrogatorios... Por fortuna, el expediente que reciben sus posibles torturadores —no hubo tortura— correspondía a su hermano Roland, y, gracias, asimismo, a las presiones y al soborno —cuatro millones de francos entregaron sus amigos de la Resistencia—, Malraux es respetado; la liberación llegará con la evacuación de Toulouse de los tanques alemanes.

Lo literario sería contar, ahora, el encuentro de Malraux con Hemingway, en el Ritz de París, a la llegada del uniformado *Berger* a la capital, apenas recobrada.

—¿Cuántos mandaba usted, Ernest?

—Diez o doce, tal vez doscientos.

—Yo, dos mil.

—Lástima que no contáramos con su ayuda cuando tomamos esta pequeña ciudad de París.

—¿Fusilamos a ese capullo?, preguntó alguien de su grupo a Hemingway...

Se conocían de Madrid y se apreciaban, pero sólo en el fondo.

Terminado el recorrido por la última guerra de Malraux, extravagancias aparte, ¿alguien puede seguir hablando de su *oportunismo*?

No voy a entrar en la descalificación de su obra ensayística, porque eso sería salir de la *vida civil* a la *vida literaria*. En cualquier caso, el lector tiene hoy a su alcance la obra completa de Malraux y le resultará más fácil comprobar la calidad o la futilidad de la misma. Si no se lo inventó el mismo Malraux —pues de él tomo la cita—, Nietzsche decía que *la historia está hecha de mitos*. Malraux no es un mito pero forma parte de la historia. El mito es *Berger* o como se llamara en cada gesta aventurera. Para saberlo, hay que volver a recorrer su obra, si prejuicios. Vale la pena.